

Parecen todos con atento oído
Y semiabierta boca estar pendientes
De Efraín, mayoral, joven garrido,
Vivaz y de palabras elocuentes,
Quien, rústico magüer, un tanto instruído,
Entre aquellos sus dóciles oyentes,
Las velas desplegando de su ciencia,
Así hablaba con rústica elocuencia:

“¡El hombre! ¡sér mezquino! Ya en su cuna
Arrúllalo el dolor; su voz primera
Se asemeja á la voz con que importuna
El cervatillo, herido en la encinera,
A la impotente madre: no hay alguna
Hora de su existencia pasajera
Que el sello del dolor no haya marcado,
No hay un solo momento sosegado.

“Desde que el padre de la estirpe humana
Contra su amante Padre rebelóse,
Oyó bramar la tempestad lejana,
Al rugido del tigre estremecióse,
Vió lágrimas verter á la mañana,
La eterna primavera disipóse;
Y desde entonces toda la natura
Contra el hombre azuzó cada criatura.

“Quiso él coger una purpúrea rosa,
Y con su sangre la tiñó primero;
A su boca acercó la miel sabrosa,
Y el melífero insecto, prisionero,
Dejó en sus labios huella dolorosa;
Corrió por la montaña y el otero,
Y ahogado se sintió por la fatiga,
Y de un árbol buscó la sombra amiga.

“En madrastra trocándose la tierra,
Quiso beber del hombre los sudores
Para ablandar los gérmenes que encierra,
Ya fecundos en jugos nutritores;
Y hasta el más vil insecto movió guerra
Del campo á los tostados labradores;
Las estaciones mismas conspiraron;
Nubes, pedrisco y vientos desataron.

“Vaga el hambriento lobo insaciable
Siempre atisbando al tímido rebaño
Con siniestra pupila formidable,
Fraguando siempre destrucción y daño;
Y aun le roba al pastor el sueño amable,
Quien de industria valiéndose y amaño,
Rechaza á mala pena al adversario,
Y un hórrido mastín le es necesario.

“¡Oh valle, oh monte, oh rumoroso río,
Que al aura comunicas tus querellas!
¡Oh soledad, oh páramo sombrío!
¡Oh regiones pacíficas y bellas!
¡Zagales que velais al lado mío,
A la pálida luz de las estrellas!
Felices sois porque en aquestos sotos
Del mundano vaivén vivís remotos.

“No habeis aún vosotros escuchado
Cómo el piélago horrísono rebrama
Cuando espumoso, cresco, empenachado,
Sobre un frágil esquife se derrama,
Y azótalo feroz de lado á lado:
El nauta en vano contra el monstruo clama,
Y aquella muchedumbre, ávida de oro,
Perece con la nave y su tesoro.

“No habeis visto en los campos de la guerra
Sangre fraterna hervir, cálida, humeante;
Cubrirse de cadáveres la tierra;
Y á la muerte, en sus triunfos arrogante,
Atizar esa rabia que se encierra
En el humano pecho tumultuante,
Y al vencedor cebando sus enojos
Del vencido en los míseros despojos.

“No habeis visto agitarse las entrañas
Del pacífico hogar: pérfida esposa
Brindar infame con astutas mañas
A su consorte linfa ponzoñosa;
Y hermanos, como fieras alimañas,
Mezclarse en cruda riña sanguinosa,
Y, dominado de furor insano,
El hijo contra el padre alzar la mano.

“Montes hirsutos, fértiles colinas,
Auras que murmurais en la espesura,
Mansos arroyos, fuentes cristalinas,
Decidme si vosotras, por ventura,
!Ah; sabeis en qué cunas marfilinas,
O en qué remoto bosque, ó gruta oscura
Pueda encontrarse el grande, el prometido
Reparador del hombre desvalido.

“Decidme si respira auras vitales
El Salvador del mundo, por quien tanto
Hemos ya suspirado los mortales,
Siempre el suelo regando con el llanto:
Pues Él se ha de doler de nuestros males,
En gozo Él trocará nuestro quebranto;
Decidme, y sin descanso noche y día
Lo buscaré con pertinaz porfia.

“Decidme, y ni los mares ni los montes
Opondrán á mi marcha una barrera;
Yo removiendo iré los horizontes;
Y, adelante, adelante en mi carrera,
Traspasaré el Eufrátes y el Oróntes,
Hasta encontrar la vallâ postrimera
En que la tierra en el abismo se hunde,
Y en eterna tiniebla se confunde.

Mas sino vive aún Proseguir quiso,
Y en sus rígidos labios entreabiertos
Tropezó la palabra de improviso;
Estáticos, inmóviles é inciertos
Quedarón todos, como si un hechizo
Sintieran, y giraba en los desiertos
Su vista errante interrogando al suelo,
A su ser mismo, á su conciencia, al cielo.

Una música insólita ha llegado
En ondas sonoras á su oído,
Cual si todos se hubieran congregado
Los ruisseños que su blando nido
En la floresta umbrífera han colgado:
Ellos, con el aliento comprimido,
Están absortos, y explicar no pueden
Los ritmos que en su oído se suceden.

Crece el pasmo, y estalla de repente
Un grito de terror; se rompe huyendo
La densa sombra; un astro reluciente,
Un vivo foco avanza, descendiendo
Hacia la montaraz, pávida gente
Que la vista y el pulso va perdiendo;
Hasta que al fin, entre soberbias galas,
Un rostro brilla y unas grandes alas:

Flota en el viento una áurea cabellera,
Y agítanse los pliegues vaporosos
De una veste de nieve. Un angel era,
Que dejara los reinos luminosos,
Y la nueva más fausta y lisongera
Llevaba á esos pastores venturosos,
Que ya, prontos á huir, estos acentos
Romper oyeron los dormidos vientos.

“¿Por qué teméis, pacíficos guardianes
De la tímida grey? ¿por qué el espanto
Se pinta en vuestros bruscos ademanes,
Cuando yo vengo del empíreo santo,
Do se ignoran la angustia y los afanes,
A enjugar para siempre vuestro llanto,
Cuando todo os convida á la alegría
En esta noche, bella más que el día?

«Yo soy de vuestra dicha el mensajero;
Os traigo una magnífica embajada
Que llenará de goce el orbe entero,
Y jamás por los siglos fué escuchada:
¡Ha surgido ya el Astro placentero
Del seno de esta noche suspirada!
¡Vive ya el Salvador de los mortales!
¡Respira vuestro Dios auras vitales!

«No le busquéis en marfilina cuna,
Ni entre el oro y la púrpura esplendente
Del alcázar soberbio, ni entre alguna
Pompa regia ó divisa del potente.
A la humilde Belén la gran fortuna
Tocó de dar al mismo Omnipotente
Un mezquino benévolo hospedaje:
Esta señal os doy de mi mensaje.

«Sobre un poco de paja, reclinado
En rústico pesebre, un tierno niño
Hallaréis en pañales abrigado,
Más blanco que la nieve y el armiño;
Húmido antro, de musgo tapizado,
Techo le presta sin ningún aliño:
Los primeros seréis en adorarle,
Y humildes vuestros dones presentarle.»

Como el labriego, que al volcar el duro
Tergo de la gran madre, con la aguda
Reja le arranca de su seno obscuro
Riquísimo tesoro, que en la muda
Tiniebla reputábase seguro;
Salta de gozo, y á su suerte cruda
Dando un eterno adios, súbito deja
Los tardos bueyes, la luciente reja:

Así la turba pastoril rompía
En un grito de júbilo, é impetuosa
Del humilde collado descendía,
Corriendo hacía la gruta venturosa
Que sus vivos fulgores esparcía;
E, imitando una marcha victoriosa,
El son de sus rabelos caminaba,
Y la corta distancia devoraba.

Quien lleva en las espaldas un cordero,
Quien de aprensada leche grueso disco,
O lo que pudo merodear primero
Al dejar la majada y el aprisco;
Y los otros, de esbelto cocotero
Las crines agitando ó del lentisco,
A la santa caverna al fin llegaron,
Y sus músculos todos se agitaron.

Aquella corte celestial hería
La vista con sus vivos resplandores,
Y en compacta falange se mecía
Mil tapices tegiendo de mil flores
Con que la roca toda se cubría,
Esmaltada de vívidos colores:
Tan solo aquel pesebre, la real cuna,
Tosco, desnudo está sin pompa alguna.

Allí fijan los coros pastoriles
Su atónita mirada; allí amoroso,
Alargando sus brazos infantiles,
Ven sonreír un parvulillo hermoso
Que los llama y convida. Entre febriles
Trasportes y un insólito alborozo,
Se acercan, se prosternan á adorarle,
Y su rústica ofrenda presentarle.

Mas ¿quién, Caliope augusta, quién creyera
Que en medio de tan dulces emociones,
Entre el vivo entusiasmo de la esfera,
Entre miles de alígeras legiones;
Ave tartárea, informe, se atreviera
A invadir esas fúlgidas mansiones
Donde ya el Verbo mora? Negra espía
Era aquel monstruo de la noche umbría.

Hórrido buho de cornuda frente,
Ojos de brasa, grifo, espeluznado,
Allí anidado había furtivamente;
Y en un ángulo estrecho acurrucado
Giraba en torno su pupila ardiente,
A hurtadillas espiondo aquel sagrado
Recinto, que se trueca en el palacio
Del gran Monarca del azul espacio.

Pensó en el triunfo, y lo creyó seguro:
¡Ha encontrado señales tan palmarias
Con que halagar á Belzebug impuro!
Ya empezaba á eructar las funerarias
Frasas del himno estigio, ronco y duro,
Compuesto por las furias sanguinarias:
Cuando un etéreo púgil, advirtiéndolo
La presencia feroz del monstruo horrendo;

Sobre su frente descargó sañudo
El flamígero acero, en semejanza
De aquel signo terrible con que mudo
Tiembla el Erebo, y pierde su pujanza.
La negra ave graznó, y al reino crudo
Precipítase, y huye sin tardanza.
La indignación entonces se despierta
En la olímpica corte, y está alerta.

Entre tanto la aurora lentamente
Abre las puertas de ese grande día
Más bello, más risueño y transparente
Que aquel primero en que la noche fría
Arredrose ante el sol resplandeciente:
Ebrio de dicha, el cielo sonreía,
Una reina ataviada semejando
Que solo la diadema está esperando.

Salmo nuevo, gigante, la natura
Preludia entonces, de entusiasmo henchida
Entre las copas de la selva obscura,
De perfumes cual nunca enriquecida,
Lo ensaya murmurando el aura pura;
Palpita en la creación la nueva vida,
Un solo ritmo, una pujante nota
Del universo enagenado brota:

Cuando la excelsa celestial milicia,
Queriendo intimidar al negro Averno,
refrenar su encono y su sevicia,
Y rendir homenaje al Rey eterno,
Que su carrera de dolor ya inicia,
¡Ay! transformado en parvulillo tierno:
Se remonta del aire á las regiones,
Y extiende sus vistosos pabellones.

Un simulacro bélico prepara;
Va á reconstruirse aquella lucha ardiente
Que á Satán de su trono derribara,
Cuando protervo, de armas reluciente,
Contra el eterno trono conspirara,
Bronco retando al mismo Omnipotente.
Ya desfilan los huestes inmortales,
Luciendo sus divisas y señales.

Purpúreas crestas por el aire ondean,
Y los bruñidos cascos y broqueles
Con terrible fulgor relampaguean,
Relinchan los indómitos corceles,
Y los jefes magnánimos campean
Por sus nobles insignias y joyeles,
Y en las aéreas playas luminosas
Alistan sus falanges numerosas.

Da la trompeta el bélico sonido,
Y el ejército etéreo en el momento,
En dos alas inmensas dividido,
Se acomete con choque tan violento
Que el empíreo retiembla, y da un crujido;
Se estrechan, se confunden por el viento
Cocetes, celadas y lorigas,
Y bridones y rápidos aurigas.

Tres veces á encontrarse se arrojaron
Los beligeros ínclitos guerreros,
Y otras tantas en paz se retiraron,
A embestirse con ímpetus más fieros;
Y ni los fuertes yelmos se mellaron,
Ni embotarse pudieron los aceros,
Hasta que al fin la trompa sonora
Puso fin á la lucha belicosa.

Y entonces aparece de repente
La solemne ovación, irradiada
Por el trémulo brillo del oriente:
De humilde pasiflora coronada,
De los caudillos órlase la frente,
Y la triunfal escuadra engalanada
Avanza lenta entre purpúreas nubes,
Ceñidas de lindísimos querubes.

Noble doncel, hermoso cual lucero,
Va al frente de la augusta comitiva
Desplegando el gran lábaro guerrero
En que del hombre la esperanza estriba;
Otro, en sus manos lleva placentero
Gran columna bañada en sangre viva;
Otro, de espinas hórrida diadema,
Y cada cual un misterioso emblema.

Hasta que al fin, con paso majestuoso
Llegó el convoy espléndido á la falda
De obscura montañuela. El Astro hermoso,
En lugar de vestirla de oro y gualda;
Con purpúreo ropaje sanguinoso,
De un vívido matiz, cubría su espalda,
Que, entre nimbos y aureolas de granate,
Orëaba la brisa del combate.

Hizo alto allí la pompa peregrina;
Y el signífero alado, reverente
En la cumbre plantó de la colina
La magnífica enseña refulgente
(Ante la cual todo poder se inclina)
Que, ondulando en el aire transparente,
Parecía cobijar el vasto suelo,
Y entre sus pliegues envolver el cielo.

“Resplandece la Enseña victoriosa;
La Enseña del gran Rey surge teñida
Con la sangrienta insignia misteriosa
En que habrá de morir la misma Vida,
Que con su misma muerte ignominiosa,
Dará muerte á la pérfida Homicida.
¡Será el áspero tronco de un madero,
De Dios el trono sobre el mundo entero!”

Así el laureado ejército cantaba,
Prorrumpiendo en un grito de victoria,
En frente del pendón que tremolaba,
Como un preludio de la insigne gloria
Que al volver de los años le esperaba
Sobre una cima del doliente Moria.
¡Salve, divino monte, que más tarde
De tu ilustre blasón harás alarde!

Miéntras, la turba pastoril seguía
Tributando pacíficos honores
Al tierneccico Rey, quien recibía
Ufano sus ofrendas y loores.
Son ya las rocas de esa gruta fría
El centro de su dicha y sus amores;
No pueden de esa cuna desprenderse,
Y á su rebaño triscador volverse.

Todo esto los arroba y embelesa:
¡Tales gracias, encantos y hermosura
Entre una extraña singular pobreza!
Lucha su pensamiento y se tortura
Sin poderse explicar tanta grandeza
Que de allí mana á toda la natura:
Sus ideas se mezclan y confunden,
Y, por fin, en el vértigo se hunden.

Mas ya se acerca ese fatal momento
De tener que dejar aquestos lares;
La tarde va á exhalar su último aliento,
Busca su tumba el sol entre los mares,
Los astros, en el alto firmamento
Cual fúnebres antorchas, á millares,
Poblando van las playas de zafiro,
La noche empieza su callado giro.

“Es fuerza abandonar estas mansiones
De dicha tanta, ya Efraím exclama,
Y volver á las plácidas regiones
A do el oficio y el deber nos llama:
Pero el último sea de nuestros dones,
(Esto una vivâ gratitud reclama)
Arrullar los ojuelos infantiles
Al son de nuestras flautas pastoriles.

“Un canto genetliaco ensayaremos;
Vuestras arpas templad, vuestros rabeles;
La más grande obra del amor cantemos,
Aunque el arte nos niegue sus joyeles,
A este niño tan bello celebremos,
Nuestro Dios, que dejando los dinteles
De su inmenso palacio allá en la altura,
Vino á buscar tan mísera creatura.”